

## LA ESTRATEGIA DESPUÉS DE BUSH<sup>1</sup>

En un momento en que los responsables políticos estadounidenses sopesan cómo recobrase de los reveses sufridos a manos de la resistencia iraquí, los serenos horizontes estratégicos de Zbigniew Brzezinski pueden brindar algún consuelo. Se trata del padre de la doctrina Albright («¿De qué sirve tener un ejército tan grande si nunca se utiliza?») y uno de los arquitectos claves del expansionismo de Estados Unidos después de la Guerra Fría, cuya obra, publicada en 1997, *The Grand Chessboard*, adquirió un carácter casi canónico ente los responsables de la política exterior de Washington. La obra defendía que no podía esperarse que la posición sin precedentes históricos de Estados Unidos como única superpotencia global durara eternamente, ya que si bien en 1945 acaparaba el 50 por 100 del PIB mundial, en 2020 ese porcentaje podría reducirse por debajo del 15 por 100. Pero si Estados Unidos es el primer país que ha ocupado tal posición, también será el último que lo haga. Resulta inconcebible que ningún otro Estado –ni Europa, ni Rusia, ni China, ni Japón– pueda aspirar a reproducir su regia acumulación de dinamismo económico-tecnológico, poder militar, cohesión política y predominio cultural. Por lo tanto, la emergencia de rivales económicos potenciales desencadenaría un periodo de conflicto anárquico y no una nueva forma de estabilidad. Así pues, mediante un «manejo decidido» de los restantes Estados importantes, sus estrategias deberían aspirar a prolongar la primacía estadounidense durante el mayor tiempo posible, cuanto menos una generación, evitando el ascenso de cualquiera de estos aspirantes. O bien, tal y como indica la famosa observación de Brzezinski: «evitar la colusión y conservar la dependencia en materia de seguridad entre los vasallos, mantener a los tributarios sumisos y protegidos, e impedir que los bárbaros se unan».

Sin embargo, el objetivo último era crear un marco de seguridad transeurasiático dirigido por Estados Unidos para asegurar la estabilidad sistémica cuando la superpotencia estadounidense comenzara finalmente a declinar. Esto requería crear «socios estratégicamente compatibles» que

---

<sup>1</sup> Zbigniew Brzezinski, *The Choice. Global Domination or Global Leadership*, Basic Books, Nueva York, 2005, 242 pp.

podieran encajarse en la «gran acomodación» bajo el liderazgo de Estados Unidos, que desempeñaría un papel de «estímulo y de arbitro» entre las restantes potencias. Para alcanzar este objetivo, la Unión Europea y la OTAN deberían ampliarse hacia el Este, China tendría que ser cooptada y, junto a Rusia, integrada eventualmente en el seno de un sistema transcontinental que «absorbería la inevitable conmoción y presión política y social» que se derivarían del desarrollo capitalista aunque al final se acabara convirtiendo en el núcleo de una nueva estructura de poder global.

El aspecto en el que podría decirse que el empiricista estricto que es Brzezinski triunfa sobre las elucubraciones más filosóficas, culturales e históricas de un Fukuyama, un Huntington o un Ferguson es en la especificidad de las prescripciones tácticas. Las cuestiones espinosas relativas al futuro de Taiwán, de Turquía o de la península de Corea son fijadas sin contemplaciones dentro de los requerimientos de un marco más amplio. Hijo de un diplomático polaco, Brzezinski llegó a Canadá cuando contaba con 10 años de edad, en vísperas de la Segunda Guerra Mundial. Su tesis de licenciatura en McGill sobre la política soviética respecto a las nacionalidades fue concebida de acuerdo con las líneas convencionales de la Guerra Fría. Después de un periodo en Harvard se desplazó a Columbia en 1960, y desde entonces ha brindado consejos a una sucesión de presidentes demócratas. Como asesor en materia de seguridad nacional de Carter en 1976, una de sus principales iniciativas implicó la financiación intensiva de los *mujahedines* afganos. Una eminencia gris durante los gobiernos de Clinton, ha continuado orbitando en los círculos selectos, promoviendo de manera vociferante la expansión de la OTAN.

El libro *The Choice (La elección)*, la aportación de Brzezinski posterior a Iraq, opera dentro del mismo marco básico que *The Grand Chessboard*, pero la serena confianza en sí mismo que permeaba la obra anterior ha dejado paso a un tono más turbado. Una «comunidad global de intereses compartidos» centrada alrededor de una alianza atlántica en expansión y encabezada por Estados Unidos ofrece un rayo de esperanza, si bien las amenazas son ahora más evidentes, especialmente la de un emergente «credo antiestadounidense» entre los perdedores de la globalización, esto es, el riesgo de que «los insatisfechos del mundo» puedan unirse. En ambos libros, Eurasia es la arena central en la que debe asegurarse la hegemonía global; en 1977, el área problemática eran «los Balcanes de Eurasia», que comprendían Asia Central, el Cáucaso y partes de Irán y de Turquía, con Oriente Próximo anexo como parte de una «zona de inestabilidad más amplia». *The Choice*, extiende ahora esta zona para incluir el sur y el sureste de Asia y la rebautiza con el nombre de «Balcanes globales». Esta subregión de Eurasia situada entre Europa y el Extremo Oriente «contiene las mayores concentraciones de injusticia política, de privación social, congestión demográfica y potencial violencia de alta intensidad del mundo», así como también «la mayoría del gas natural y del petróleo del planeta». Asimismo, es esencialmente musulmana.

¿Con qué aliados puede contar Estados Unidos para obtener su apoyo en la estabilización de la región? Todas potencias locales –Israel, India, Rusia, Turquía– resultan estar comprometidas por una u otra razón. Turquía, aunque es un pilar de confianza de la OTAN, que se ha mostrado servicial desde la Guerra de Corea y más recientemente en Georgia y Azerbaiyán, cojea por sus problemas con los kurdos y los islamistas. Rusia es poderosa en la región pero también genera cierto resentimiento en la zona por su antiguo papel imperial y de todos modos ofrece un pobre ejemplo social. India, aunque es otro peso pesado regional y posee un régimen doméstico más aceptable, carga con el equipaje de unas precarias relaciones con Pakistán y con China. Israel goza de muchas ventajas –un fuerte apoyo doméstico por parte de Estados Unidos, militar e incondicional– pero sus intereses en la región «no son enteramente congruentes con los de Estados Unidos», que necesita mantener buenas relaciones con Riad y con los Emiratos. Los sentimientos antiestadounidenses en la región pueden verse avivados por la percepción de que Estados Unidos se encuentra «patrocinando la represión israelí de los palestinos».

Brzezinski concluye que ninguna de las potencias locales es digna de confianza en tanto que socio geopolítico a largo plazo para estabilizar los «Balcanes globales». Únicamente Europa, bajo la tutela estadounidense y a través de la OTAN, al mando militar de Estados Unidos, tiene el potencial político, económico y la capacidad de fuego necesarias para ayudar a Washington a conseguir sus fines. La cuestión estriba en si Europa tendrá «la voluntad y la generosidad de implicarse verdaderamente con Estados Unidos en un esfuerzo conjunto que superará enormemente, en escala y complejidad», la reconstrucción posbélica de Alemania y Japón. Bajo este prisma, el papel protagonista de la OTAN en la ocupación y en la pacificación de Afganistán es un signo esperanzador. En el otro extremo de Eurasia, un Japón remilitarizado, dispuesto a cooperar con Estados Unidos dentro y fuera de Extremo Oriente, ejercerá presión sobre China para que apruebe el papel de Estados Unidos como fuerza equilibradora determinante en la región, y la función del Pacto de Seguridad entre Estados Unidos y Japón como instrumento de control institucional sobre Tokio. Brzezinski se opone a la unificación de Corea, al considerar acertadamente que sería una erosión del principio de una fuerte presencia militar estadounidense en la región, y piensa que China tiene un interés compartido en impedirlo.

La mayor crítica de Brzezinski hacia la actual administración de Bush se concentra en lo que percibe como la degradación y mala gestión de la alianza transatlántica. La búsqueda de «coaliciones de los voluntarios» *ad hoc*, revela una carencia imperdonable de inteligencia hacia los beneficios estratégicos de tener un aliado tan rico, obediente, bien armado e ideológicamente compatible como la Unión Europea. Realizar algunas concesiones menores en puntos sensibles de Europa –una mayor implicación en la gestión y en el proceso de elaboración política de la OTAN, algún detalle gratuito con las preocupaciones de los aliados en Oriente

Próximo y en Asia Central— es un precio que merece la pena pagarse con tal de que la preeminencia estadounidense no se vea desafiada. «Una Europa esencialmente multilateral y un Estados Unidos en cierto modo unilateral abre las puertas a un perfecto matrimonio de conveniencia global». Al margen de esto, Estados Unidos puede ser preponderante pero no es omnipotente, y Europa puede ser rica pero impotente. Juntos, pueden ser omnipotentes a escala global. «La elección» a la que alude el título del libro de Brzezinski —entre «la dominación global o el liderazgo global»— hace referencia a esto. Las alianzas transatlánticas y transpacíficas que aseguraron la victoria geopolítica de Estados Unidos durante la Guerra Fría deben continuar siendo los cimientos estratégicos del futuro, ya que le facultan para controlar todos los desafíos potenciales y evitar incluso la posibilidad de que emerjan peligrosas contraalianzas o permutaciones entre Francia, Alemania, Rusia, China, India, Irán y Japón.

La segunda crítica formulada contra la política exterior de la Administración de Bush es ideológica. En opinión de Brzezinski, la Guerra contra el terrorismo no puede ser el «principio organizador central» de la política de seguridad de Estados Unidos, ya que «no se puede ir a la guerra contra una técnica». En tanto que discurso legitimizador del imperio es puramente negativo sin ofrecer una visión inspiradora. Además, su demonización de los musulmanes y del Islam amenaza con ser contraproducente, al inflamar el sentimiento antiestadounidense en la misma región —los Balcanes globales— que precisa ser estabilizada. Ciertamente, los cambios fraguados por el 11 de septiembre son irreversibles. «La globalización universaliza la vulnerabilidad», no sólo generalizando el resentimiento contra la preeminencia de Estados Unidos sino también al brindar a los «enemigos débiles» (actores sin Estados y Estados de tercera fila) nuevas posibilidades para acceder a tecnologías letales o amenazar la interrupción de la infraestructura progresivamente computerizada de los sistemas de gestión, las comunicaciones y la economía. Pero tal y como argumenta *The Choice*, estos son riesgos con los que Estados Unidos debe aprender a vivir.

Las propuestas alternativas de Brzezinski de emprender una nueva ofensiva ideológica —el «software del imperio»— constituyen una de las partes más endebles del libro. Se deja seducir por la opción de adoptar el discurso de la globalización como la «doctrina natural de la hegemonía global». Al parecer, existe:

un encaje perfecto entre la hegemonía global y la globalización económica. Estados Unidos puede promover un sistema global abierto y a la vez definir en gran medida las reglas del sistema, o elegir por sí mismo lo dependiente que quiere ser del sistema.

Si la globalización fuera considerada universalmente como un adelanto incuestionable, entonces también se percibiría así la hegemonía estadounidense en que se apoya. Por desgracia, la creciente desigualdad económica se torna más aparente, no menos, gracias al acceso a la información

y a las imágenes mediáticas desde cualquier parte del mundo que conlleva la globalización y así sus virtudes no son incuestionables. Por lo tanto, lo que se necesita es un discurso basado en una «democratización de la globalización» que aspira, a pesar de la vaguedad, a compartir con todos los beneficios del capitalismo internacional.

En esta cuestión, se hace patente que Brzezinski camina a tientas. Se encuentra mucho más cómodo y es mucho más sistemático, a pesar de su autocomplacencia, cuando comienza a proporcionar análisis geopolíticos en la primera parte del libro, titulada «American Hegemony and Global Security». De manera reveladora, de nuevo es casi dos tercios más extensa que la segunda sección, especialmente parca, titulada «American Hegemony and the Common Good». En el frente económico, su «democratización de la globalización» entraña que el libre comercio y la movilidad del capital deberían apoyarse pero no aplicarse por la fuerza a los pueblos que oponen resistencia. En el frente político, la expansión de la democracia es loable, pero no debería ser impuesta utilizando demasiada fuerza dado que únicamente puede generar regímenes estables y proestadounidenses, si su crecimiento y su consolidación son orgánicas a las sociedades en las que se requiere tal expansión. Como pauta para la acción esto es como la propia «brújula» realista, ya que es tan indeterminada como para poder justificar cualquier derrotero con tal de que beneficie a Estados Unidos.

Un tercer hilo de crítica desarrolla, de algún modo *sotto voce*, las quejas que ahora se levantan por todas partes en el *establishment* de la política internacional sobre la influencia desmesurada del *lobby* israelí. Brzezinski argumenta que «el activismo político entre los grupos étnicos con intereses especiales en cuestiones concretas de la política internacional [...] podría convertirse en cierto punto en una grave complicación» en el proceso de formulación de una estrategia hegemónica global. En su opinión, la sólida elite imperial creada durante la etapa de la Guerra Fría se apoyaba en parte en su monoculturalismo WASP<sup>2</sup>. Durante los últimos 150 años Estados Unidos se ha desplazado desde la unidad sociocultural hacia la «unidad en la diversidad» y hacia la plena diversidad alterando el modelo de las presiones ejercidas por los grupos de interés que moldean la política del país. «El detrimento del dominio WASP se ha visto sucedido por el ascenso en la escala social y en la influencia política de la comunidad judía». En poco menos de una generación esta comunidad ha conseguido afianzar «una posición de prominencia en los sectores influyentes de la vida estadounidense: en la academia, en los medios de comunicación, en la industria del entretenimiento, y en la recolecta de fon-

---

<sup>2</sup> WASP es la abreviatura de la expresión inglesa *White Anglo-Saxon Protestant*, acuñada en Estados Unidos para referirse a las personas blancas, de origen anglosajón y protestantes. Por regla general, es una expresión peyorativa para los miembros de este grupo étnico y religioso, a los que se considera como los más poderosos e influyentes de Estados Unidos. [N. de la T.]

dos para causas políticas». Brzezinski argumenta que para ser considerados legítimos, «los líderes estadounidenses tienen que reflejar intereses globales abarcadores». No obstante, sobre la cuestión de la proliferación nuclear, por ejemplo:

Estados Unidos contribuyó a los esfuerzos realizados por Gran Bretaña para adquirir armas nucleares; de manera subrepticia ayudó a Francia; cerró los ojos ante Israel, o incluso hizo más que eso; y dio su conformidad a China, India y Pakistán [...] La preocupación ante la potencial adquisición de Iraq e Irán de armas de destrucción masiva operativas, en franca contradicción con su indiferencia ante el hecho de que Israel posea armas nucleares, se considera una actitud parcialmente alimentada por el comprensible interés de Israel en desarmar a estos Estados y en hacer que permanezcan así.

En cuanto a las prescripciones políticas para Oriente Próximo, huelga decir que la principal preocupación de Brzezinski no es una resolución justa del conflicto entre Israel y Palestina sino, más exactamente, una resolución «viable» que refleje la relación de fuerzas existente y que, por lo tanto, sustente el eje Estados Unidos-Israel ya que, a pesar de sus «excesos», sigue siendo un elemento indiscutible en toda la estrategia de dominio estadounidense en la región. De acuerdo con *The Choice*, «hay un destacable consenso internacional en cuanto a la esencia de un eventual tratado de paz entre Israel y Palestina» que se traduce en la existencia de dos Estados aproximadamente a lo largo de las líneas de 1967, un derecho a regresar a los palestinos únicamente «nominal o simbólico», una Palestina desmilitarizada y el pleno reconocimiento de Israel por parte de sus vecinos árabes. Todo lo que falta es que los israelíes y los palestinos den los últimos retoques, para lo que se requiere algún empujón de Estados Unidos y de Europa. Las principales motivaciones que concurren en esta cuestión son geoestratégicas, ya que Irán, con su elevada tasa de alfabetización, una significativa participación femenina en la vida pública y «una clase intelectual genuinamente sofisticada», muestra signos prometedores para su potencial «reintegración en la comunidad global». Esta «progresiva alteración de la ecuación estratégica prevaleciente de la región» transformaría la penetración estadounidense de los Balcanes globales, y no debería verse bloqueada de manera miope por intereses especiales.

Brzezinski ofrece una sobria valoración de las limitaciones geográficas y políticas del islamismo fundamentalista y sus diferencias con el Islam político. Este último lo compara con los populismos europeos de principios de la década de 1920 afirmando que el islamismo, si bien es ambiguo acerca de dónde trazar la línea de demarcación entre la religión y la política, o entre el Estado y la ley islámica, puede revelarse más adaptable que sus predecesores marxistas debido a su flexibilidad ideológica. A pesar de rechazar la tesis del «choque de civilizaciones» de su colega Samuel Huntington, él acaba aceptando una versión diluida y refractada de la misma —el choque *dentro* de la civilización islámica— que, en términos programáticos, introduce los prejuicios cardinales del gobierno de Bush.

La clave del éxito de Estados Unidos, opina Brzezinski, consiste en apoyar a los buenos musulmanes (moderados) frente a los malos musulmanes (los extremistas). Esto guarda un intenso parecido con lo que Mahmood Mamdani ha analizado como una forma de «diálogo cultural» que resta importancia a las fuentes *políticas* de la ira existente en Oriente Próximo –que principalmente obedece al comportamiento estadounidense e israelí en la región– y pospone toda valoración de cómo esto afecta a las perspectivas y a las prácticas de lo que es sobre todo el Islam político.

Sería caer en un error considerar el libro de Brzezinski únicamente en términos de una supuesta ruptura de los neoconservadores partidarios de Bush con un enfoque «predominante» al parecer antes, durante y después de la Guerra Fría. Tal y como clarifica *The Choice*, las diferencias tácticas cobran una relativa insignificancia frente a las similitudes existentes en la orientación de la política exterior entre todos los sectores del *establishment*, ya sean neoconservadores «genuinos», conservadores tradicionales, realistas o internacionalistas liberales. Hay un consenso básico en torno a los objetivos y a los fines estratégicos entre aquellos que participan en el debate, ya que todos insisten en que Estados Unidos es básicamente una fuerza que existe para el bien del mundo, y que debe ejercer su poder para proteger los intereses estadounidenses y servir a los globales. Brzezinski es categórico al afirmar que la retirada de la potencia militar estadounidense de los tres lugares más decisivos en los que se encuentra desplegado en el exterior –el Golfo Pérsico, Europa y Extremo Oriente– no es una opción factible. Este movimiento «precipitaría al mundo, casi de manera inmediata, a una caótica crisis política»: Europa alcanzaría un acuerdo con Rusia; estallaría una guerra entre las dos Coreas (en lugar de producirse su unificación, como mucha personas supondrían); Japón se haría nuclear; e Irán cobraría un papel más relevante en Oriente Próximo, lo que conllevaría un riesgo de desestabilización para los regímenes árabes fieles a Estados Unidos. Tal vez, se me pueda excusar por considerar estas formas tan indisciplinadas de especular acerca de posibles amenazas como una justificación un tanto inconsistente de la proyección del poder militar de Estados Unidos.

Aunque Brzezinski reconoce que el terrorismo es una técnica disponible para los Estados, no explora la cuestión del terrorismo estatal, si bien, obviamente, es la dimensión más amplia y más peligrosa del problema sobre todo en los Balcanes Globales, donde el terrorismo de Estados Unidos y de Israel ponen en evidencia todas las proclamas estadounidenses de estar repartiendo el bien común. Nuevamente, no es el fenómeno específico del terrorismo lo que exige la atención del geoestratega sino los fracasos del discurso que lo rodea. Los imperativos de la gran teorización superan tales reducidas preocupaciones. De modo parecido, a pesar de la preocupación de Brzezinski acerca de la proliferación de armas de destrucción masiva, en ningún momento permite que la propia determinación de Estados Unidos a desarrollar los sistemas denominados «Ballistic Missile Defence» y «Theatre Missile Defence», inquiete a Rusia y a China,

o que la hipócrita selectividad de Washington hacia las cuestiones relativas a la proliferación de armas de destrucción masiva provoque a otros Estados para adquirir armas nucleares. La disposición de Corea del Norte a renunciar a sus armas nucleares a cambio de un pacto de no agresión con Estados Unidos, la normalización político-diplomática y el apoyo energético no es ni tan siquiera mencionada. En cambio, Brzezinski afirma en un tono suave que no debería hacerse ninguna concesión a Corea del Norte dado que esto erosionaría la credibilidad de Estados Unidos y dañaría, por consiguiente, a la estabilidad de la región.

En definitiva, *The Choice* es una especie de Programa Transnacional de un dudoso e incierto realista. A pesar de sus intentos de promulgar una «globalización democratizada», Brzezinski reconoce que la agudizada desigualdad y el caos son lo que tenemos por delante y que quizá incluso se amplifiquen a largo plazo por formas de ingeniería genética que serían de uso exclusivo del mundo rico:

Las desigualdades globales existentes basadas en la riqueza y en la etnicidad se verían agudizadas y ofrecerían una dimensión política sumamente visible y potencialmente muy peligrosa [...] Sin duda, la reacción global contra cualquier nueva desigualdad humana de este tipo capitalizaría, así como también movilizaría, el resentimiento existente contra otras desigualdades más conocidas. Cuando las distancias entre la condición humana se ampliaran, los gobiernos de las naciones más pobres tendrían que soportar una creciente presión para dar forma a políticas capaces de remediar la nueva desigualdad y apuntar hacia alguna concepción alternativa global. Así, pues, el contracredo antiglobalizador se vería infundido con una adicional capacidad de atracción excesivamente poderosa. Tal y como la experiencia del marxismo durante el siglo xx ha mostrado, el resentimiento masivo generado por la desigualdad es particularmente susceptible de movilización política.

A diferencia de Huntington, pues, Brzezinski no ve la necesidad de emprender la construcción de falsos enemigos en aras a fortalecer la moral doméstica. Los enemigos del orden hegemónico estadounidense ya existen en los miles de millones de explotados o pisoteados. En el fondo, Brzezinski no deja de ser un guerrero de clase, chapado a la antigua.